

La lección de Polonia

La historia nace de la historia y frecuentemente contradice las profecías y dogmatismos de los manuales de economía política. Esto que ha sido patente en el comportamiento histórico del capitalismo se está convirtiendo también en agudo problema para los regímenes socialistas. Los "sucesos polacos" son hoy día un ejemplo típico de reflexión para cualquier país que busca el desarrollo de su identidad nacional y las lecciones o consecuencias prácticas superan el alcance de este breve comentario.

No se toca aquí el tema de la crisis económica que atraviesa Polonia¹, porque ello no representa ninguna lección novedosa; desde hace diez años el conjunto de países capitalistas se ha visto arrastrado en una crítica recesión económica de inflación con desempleo, que a través de relaciones de dependencia o por el comercio internacional se ha contagiado a los países del tercer mundo y a las propias economías socialistas. Aquí la única lección que se puede sacar es que las pasadas teorías y políticas económicas no se bastan a resolver el conflicto de la estanflación. Es claro que los países capitalistas necesitan reformas más profundas económicas y mentales. Así como es cierto que las iniciadas reformas económicas en el bloque socialista, en la dirección del "centralismo-democrático", plantean exigencias semejantes en el plano político, a lo que parecen resistirse los "grupos privilegiados".

Polonia es un tópico de reflexión por ser un país aparentemente contradictorio, admirado y querido por unos, objeto de temor para otros. En el pasado Polonia ha sido una "nación crucificada entre dos ladrones" (Rusia y Alemania) y

que por momentos dejó de ser nación.² En el presente es un país profundamente católico, de cuño tan tradicional como la imagen de la Virgen Negra de Chestoskhova; y al mismo tiempo un país oficialmente socialista y en búsqueda del verdadero socialismo que junte el centralismo con la participación popular: en términos eclesásticos, un esfuerzo por combinar el Vaticano Io. con el Vaticano Ilo. No es de extrañar que bajo ciertos aspectos la Iglesia y el partido oficial aumen esfuerzos para mantener la identidad nacional, católica y socialista, contra el invasor de turno; y que en otros aspectos la Iglesia apoye el movimiento popular ("no hay pan sin libertad") en contra del partido oficial. Estas conjunciones conflictivas han llevado a que, justo en los doce últimos meses, haya en el país "menos pan y más libertad": "menos pan" por la gran crisis económica y la incompetencia de los recién destituidos dirigentes, y "más libertad" por la pertinaz determinación de las clases trabajadoras.

Este breve prefacio, sobre el cual se hizo un comentario más amplio en esta misma revista³, da pie a algunas reflexiones más concretas. La primera lección la deberían sacar los países dominadores, y quienes con ellos colaboran, que se creen llamados a imponer sus pautas ideológicas y políticas en las áreas circunvecinas. Si las economías nacionales tienden hoy día a unirse en mercados comunes o bloques geográficos, lo quieren hacer sin menoscabo de sus valores nacionales, ideológicos, culturales, religiosos... En estos conciertos internacionales se tolera, a lo más, el "centralismo democrático" ("primus inter pares"); pero a la larga no se toleran ya los

pangermanismos, los paneslavismos, los panamericanismos. Por desgracia los temores van en sentido contrario: "si los rusos entran en Polonia, los americanos entrarán en..." Al momento de escribir estas líneas no tenemos aún noticias de las reacciones provocadas por el IX Congreso del Partido Obrero Unificado de Polonia. Al parecer los polacos no están dispuestos a hacer totalmente suyas las palabras del dirigente checoslovaco, Ota Sik, luego de la invasión rusa a Praga: "A largo plazo resultan más firmes los conocimientos científicos que los más fuertes intereses del poder; pero contra la fuerza bruta siempre en la historia ha sido preciso armarse de paciencia". Incluso hay polacos que comentan con humor la posible invasión: "si los tanques rusos llegan a Varsovia aprovecharemos para trasvasar su gasolina a los depósitos de nuestros carros". Cuando en los conciertos internacionales se percibe el interés privativo y el afán de dominación centripeta, los países dominados acaban por recelar, si no odiar, no sólo a la nación dominante sino también al sistema económico-político que representa. Y en este sentido Rusia puede hacer muy mal servicio al socialismo, como otros países lo están haciendo al capitalismo. No hay que olvidar que en el caso polaco hay una antipatía congénita contra Rusia, alimentada por más de dos siglos de invasiones y genocidios. "Dejad a Polonia ser Polonia" es el slogan de los pasados meses... La lección de "democracia" vale también para los conciertos internacionales.

Y por supuesto la lección de "democracia" se aplica al mundo interno de cada nación. Ya que hablamos del caso polaco, la ortodoxia oficial debe abandonar los dogmatismos simplistas como que con el paso a la propiedad social de los medios de producción se pone fin a los conflictos de clases sociales y se erige sin más una sociedad democrática donde el Estado pasa a ser el Estado de los trabajadores. La historia real polaca, y la de otros países que han intentado buscar "la tercera vía", muestran que tal dogmatismo es tan realista como el de las "elecciones libres" de algunos países del bloque capitalista. Y ha pasado ya mucho tiempo para explicar los sucesos polacos a base de "residuos capitalistas". De un lado y otro del Atlántico parece que es un tanto difícil lograr compartir la administración del poder económico y del poder político...

En Polonia, ya desde 1956 (Poznam), y más clamorosamente desde 1968, estudiantes intelectuales y trabajadores clamaban: "no hay pan sin

libertad"; o en expresión más reciente del Papa polaco: "la árdua lucha por el pan cotidiano y la justicia social". Como Polonia está del otro lado del telón de acero, la alta jerarquía de Moscú (conocida como la "gerontocracia del Kremlin") acusa a los participantes del movimiento "Solidaridad" de contrarrevolucionarios antisocialistas y enemigos del régimen". Bien claras son al propósito las palabras de Mijail Suslov (representante de la ortodoxia rusa) en reciente visita a Varsovia: "Cualquier desviación de nuestras enseñanzas socialistas puede acabar en fatales consecuencias"... En América Latina hemos oído expresiones semejantes, sólo que el color del semáforo es distinto.

Para quien haya seguido la historia de los reclamos obreros estas acusaciones del Kremlin contra los insurgentes polacos resultan hipócritas y antisocialistas. Los trabajadores en huelga se han expresado claramente: "el gobierno ha dicho que éste es un Estado-obrero, donde todo pertenece a los trabajadores; y esto es una pura ficción. Nosotros no queremos derrocar al gobierno: lo único que pedimos es una vida decente". Tanto en 1970 como en 1980, las demandas populares eran reclamos de cuño político, en la línea de una mayor participación, libertad y claridad: "la democratización de las relaciones a nivel de fábrica; la modificación de los procedimientos electorales en ciertas organizaciones, incluido el partido; una auténtica autonomía y nuevo enfoque de los sindicatos; difusión de la información sin deformaciones, una lucha efectiva contra la burocracia, la abolición de los privilegios inherentes a ciertos cargos y de ciertas organizaciones privadas"... Todos estos son reclamos dentro de una línea netamente humana y socialista, y que por lo mismo pueden poner a prueba las verdaderas intenciones del eje Moscú-Berlín-Praga. Se plantea así un problema y una elección: hegemonía versus democracia, hegemonía versus desarrollo integral. La reflexión y la lección es importante también para nuestros países.

En el breve espacio de un comentario sólo queda lugar para una última reflexión sobre el puesto y el papel de la Iglesia en la frontera de los conflictos políticos, económicos y sociales. Uno de los dogmatismos fallidos es el que "la religión es el opio del pueblo". Eso lo dijo Marx, lo siguen creyendo algunos ortodoxos, y sobre todo quisieran que lo fuera así de cierto muchos dogmáticos del liberalismo, quienes prefirirían una religión precintada en la sacristía y una Iglesia

del silencio frente al problema del "desarrollo de los pueblos". Para desilusión de unos y de otros la Iglesia polaca (el pueblo católico polaco) es un ejemplo de todo lo contrario; y para disgusto de los mismos, el Papa Juan Pablo II, que además de guía espiritual de todos los católicos y de todos los hombres de buena voluntad resulta ser polaco, ha hablado muy claramente del papel de la Iglesia en la tarea del ordenamiento social (para nosotros sus discursos en Brasil)⁴ y ha actuado como Cardenal de Cracovia, impulsando las corrientes intelectuales del catolicismo y apoyando "la árdua lucha por el pan cotidiano y la justicia social". La jerarquía eclesiástica polaca ha desempeñado un papel de impulsor y de mediador, apoyando en ciertos aspectos al partido oficial y enfrentando en otros aspectos al mismo partido: esta política no es fruto de una conducta ambigua u oportunista, sino dictada por su compromiso de servicio al pueblo. A la jerarquía polaca le interesa que Polonia sea Polonia, y por ello la Conferencia Episcopal (agosto de 1980) tratará de contener los ánimos de ciertas fracciones populares: "no se pueden realizar acciones que pongan a nuestra patria en peligro para su libertad". Y al mismo tiempo apoyará los reclamos, arriba mencionados, de mayor libertad y participación política, solicitando para ella misma "el acceso a los medios de difusión masiva por parte de grupos religiosos y emisiones televisadas de misas dominicales" (puesto que más del 90% de la población es católica). La Iglesia reconoce el

gran auge económico logrado en los pasados años hasta la reciente crisis polaca, así como reconoce los valores humanos de igualdad y colaboración que enuncia el régimen socialista. Pero la Iglesia no puede aceptar, y esa ha sido su lucha, el que muchos de esos enunciados cristianos se vean entorpecidos en la práctica política por intereses privativos de minorías privilegiadas, obnubiladas por el "opio de la ideología" o sumisas timoratamente a hegemonías externas bajo la disculpa de la "seguridad nacional". La Iglesia de Polonia no es una "Iglesia del silencio", como lo ha probado, además del actual Papa, la valiente historia apostólica del recientemente fallecido Cardenal Primado E. Wyszynsky, representante y defensor del catolicismo popular y sencillo. Esta lección vale para la jerarquía, para quienes colaboran con la jerarquía en la tarea eclesial, y para quienes se hacen cruces de que la Iglesia hable y opine sobre el "desarrollo de los pueblos".

F. J. I.

Notas

1. Comercio Exterior, México, enero, 1981. Sec. Internacional: pp. 57-63.
2. Boletín de Ciencias EE. y SS., julio-diciembre, 1980. pp. 191-194.
3. "Polonia: huelgas económicas, causas políticas". ECA, julio-agosto, 1980: pp. 707-714.
4. "El viaje apostólico de Juan Pablo II a Brasil". Boletín de Ciencias EE. y SS., enero-febrero, 1981, pp. 211-214.